

Nadie es, si se prohíbe que otros sean.

María Florencia Seré.

Cita:

María Florencia Seré (2013). *Nadie es, si se prohíbe que otros sean. Jornadas de Periodismo, Política y Comunicación: 30 años de Democracia. Facultad de Periodismo UNLP, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/mf.sere/23>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p8qm/5nA>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



- **Nombre y apellido:** Seré, María Florencia

- **Correo electrónico de referencia:** mf.sere@gmail.com

- **Inscripción institucional:** Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE) de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.

- **Mesa de trabajo elegida:** Eje 1. Relatos de la democracia: narrativas de los procesos de democratización y la vida democrática en América Latina.

- **Título del trabajo:** “Nadie es, si se prohíbe que otros sean”

- **Resumen:**

Durante el proceso neoliberal en Argentina se produjo un quiebre en las estructuras educacionales. Entre las políticas que se aplicaron en este sector, se disminuyó la inversión y se fijaron medidas que profundizaron la inequidad, partiendo del pretexto de que los sistemas escolares eran ineficientes.

Esta alusión a la baja calidad educativa trajo como consecuencia un paquete de medidas que fueron propuestas como paliativas de esta situación, las cuales se presentaron como la única solución posible, por lo que contó con el aval de la opinión pública.

Entre ellas, se aspiraba a la descentralización y privatización de las escuelas y universidades, se flexibilizó la contratación, se piramidalizó y se redujo el plantel

docente. Todo aquello sumado a un fuerte control por parte del gobierno nacional mediante la imposición de contenidos y las evaluaciones comunes.

Nadie es, si se prohíbe que otros sean

Sonó el despertador a las 6:15 de la mañana. Roberto lo apagó con desgano a los manotazos, al tercer llamado se levantó. Ya eran y media pasadas. Noelia le había dejado el desayuno arriba de la mesa y había ido a despertar a los chicos. Vio la cucharita adentro de la taza, él odiaba cuando no estaba acomodada al lado de ésta como debía ser. El café estaba frío y las tostadas gomosas. El día ya pintaba que iba a ser una mierda.

Apareció en la cocina su mujer con la más chiquita en brazos, la nena la había vomitado toda. Ella la dejó en las rodillas de Roberto mientras iba a buscar un trapo para limpiarse. Cuando logró sacar de la camisa la suciedad más gruesa, volvió a agarrar a la nena y le dio un beso al marido. Él la esquivó reprochándole el olor y el desayuno berreta que le había preparado. Se apuró a envolverse en el saco de gamuza cuando Noelia le empezó a decir que si se hubiera levantado antes el café no estaría frío.

Dejó en marcha el Falcon, ese que le había regalado el viejo cuando cumplió los dieciocho, y mientras éste se calentaba, entró a la casa para buscar el maletín de cuero. Frenó en el semáforo y pensó que no sabía qué carajo les iba a decir a los pendejos. Qué importaba si total ellos tampoco lo querían escuchar. Resolvió que lo más fácil era tomarles un dictado de 20 palabras, lo más probable era que desapruben, por lo que él se podría quejar con la directora de la boludita que estaba antes que él, esa que echaron... Ángela, la que se llenaba la boca hablando de inclusión ¿para qué? Si estos pibes no saben ni escribir y tampoco tienen interés en hacerlo. Repasó el discurso en su cabeza y le pareció genial, lo interrumpió el sonido de su propia risa y una bocina que lo apuraba a cruzar el semáforo que ya estaba en verde.

Roberto había pegado el laburo por un conocido que trabajaba en el Ministerio de Educación, el Rafa, que era un compañero del colegio secundario que antes estaba

en el Mercado Central. Cada tanto el Batata lo llamaba para ir a las movilizaciones, hasta que le dieron un puesto donde está ahora. Le contó que había quilombo con el gremio docente, que se la agitaba mucho al gobierno y que iba a haber un recorte de personal, pero que si él se anotaba y llevaba los papeles seguro lo llamaban porque estaban buscando gente como él, de fiar.

Justo estaba sin trabajo y Noelia había quedado embarazada de vuelta, así que le vino joya. Nunca había dado clases, pero igual llevó todos los documentos. A la semana empezaba en la Escuela n°2 de Berisso, dando Lengua y Literatura a los chicos de sexto grado.

Cuando llegó al curso, los alumnos estaban de pie dándole la bienvenida. “Que pendejos insoportables” pensó, mientras miraba el reloj y constataba que le quedaba exactamente una hora cuarenta para que suene el timbre. Anunció que debían sacar una hoja, que guarden todo abajo del banco a excepción de un lápiz y una goma. Ante las caras de sorpresa y comentarios por lo bajo, chistó algunas veces y amenazó con bajarle un punto al que hablara nuevamente.

Comenzó el dictado. Cincunvalación. Azabache. Asunción. Decisión. Microbio. Ácido. Base. Salubre. Educación. Murciélagos. Turqueza. Cálido. Sólido. Calavera. Solución. Bobina. Esperanza. Felicitación. Biblioteca. Avanzar.

Se sentó en el escritorio mirando el panorama. Lo divertía el contexto de examen, sobre todo porque se sentía poderoso y tenía la potestad de hacer que un pibe sea aprobado o no, dependía enteramente de su voluntad. Esa autoridad sobre los otros le hacía cosquillas. Disfrutaba cuando las cosas salían exactamente como él quería.

Recostado en la silla, detrás del escritorio, observó los rostros de los chicos. Había mucha mezcolanza en el aula. Algunos se rascaban la cabeza y se apoyaban la punta del lápiz en la frente, como si con ese gesto iluminado llegara el conocimiento a donde estaba ausente.

Si se los estudiaba detenidamente se comprendía que los estudiantes venían de distintos puntos de la ciudad. Aquel morochito, Ignacio, sentado al fondo a la derecha, tenía el delantal roto y sucio, el pelo duro y las manos percutidas. Seguro vivía cerca de ese otro con las zapatillas Topper hechas jirones. Pero si miraba a la otra que se sentaba al frente, Melina, esa siempre peinada con una colita y el guardapolvo impoluto, debía ser vecina de la que estaba al lado, de la que tenía la mochila de Barbie con carrito.

A Roberto no le parecía bien lo que veía, y en ese sentido coincidía con el discurso que promovía el presidente y también el Rafa, que entendían que el sistema escolar tenía que diversificarse. Claro, no había necesidad de mezclar peras con manzanas. Por qué insistir con la igualdad si al fin y al cabo, somos todos diferentes. Esa era la realidad, al que lo quiera ver bien y al que no, mala suerte.

Era una locura pensar que Ignacio y Melina eran parte del mismo curso. Pero sobre todo que estaban recibiendo la misma educación, porque claramente tenían distintas posibilidades en la vida. Mientras uno se había cambiado de escuela tres veces en el año y apenas tenía a la madre para que lo traiga porque el padre “mejor si no aparece” (según la mamá del chico). A Melina la traían en el auto, siempre tenía la tarea hecha y sus papás venían a los actos, que dicho sea de paso, la disfrazaban como a una reina (como esa vez que actuó de dama antigua para la fiesta del 25 de mayo).

¿Qué futuro podía tener ese chico? Ser un alcohólico igual que el padre, nada más. Era injusto que esa piba tenga que codearse con ese otro desastroso, pensó que tal vez este gobierno pondría una solución privatizando las escuelas, si no era él, nadie iba a arreglar esa situación problemática. Aunque confiaba en ese que llamaban el transformador, decidió aplicar justicia con sus propias manos. Total los estratos existían en todo el mundo y por una razón, no era azaroso que haya gente arriba y otra abajo. Por algo estaban ahí.

Se acordó del programa que estaba viendo a la noche antes de dormirse, acostado en la cama con Noelia, su mujer. Mostraban cómo una cámara oculta entraba

en la Villa 31 y espiaba, como un testigo invisible, la vida de los de ahí. Por una pelotudez ya se estaban cagando a navajazos, están todo el día drogados, matan a la gente. “¿Y me van a decir que hay que luchar por hacerlos parte, a los que nos matan por dos monedas a tipos honestos como yo (o como los papás de Melina) que se ganan el mango? Nah, es increíble”.

Estaba asomando noviembre y ya era hora de cerrar las notas de los chicos para entregar los boletines con los informes finales. Sonó el timbre y retiró las hojas a los alumnos que todavía no habían terminado. Cuando el clima tenso del dictado se vistió de recreo, los chicos corrieron eufóricos hacia el patio central enteramente de cemento, enteramente gris.

Mientras esperaba el horario del próximo turno, hizo tiempo en la sala de maestros. Cuando abrió la puerta, no se sorprendió de encontrar dos tazas sucias sobre la mesa con lapiz labial fuccia en el borde, en el medio un cenicero repleto de colillas con las mismas marcas. El aire estaba espeso por el olor a cigarrillo. Roberto tocó una o dos veces después de putear a las gordas mugrientas. Estuvo seguro de que eso en una escuela privada no pasaba porque ahí la gente era más educada, era más gente, “no como acá”.

Empujó los cacharros usando el maletín de cuero marrón a modo de pala. Abrió las ventanas y dejó los exámenes en el espacio que habían ocupado los vicios de las gordas, mientras se preparaba un café. Lo batió durante cinco minutos y le echó el agua hirviendo revolviendo paulatinamente. Chupó la cuchara y la dejó al lado del pocillo, como debía estar, y se sentó a corregir.

Primero leyó el examen de Melina, dieciocho palabras correctas. Un diez muy claro. Avanzó hacia los próximos quince, manteniendo un promedio que osilaba del dos al cinco. Llegó al examen de Ignacio. Cinco palabras correctas de veinte. Un dos. No hacía falta que haga nada, la justicia divina se producía por sí misma. Había algo en ese chico que no le gustaba, lo veía como la encarnación del mal que aquejaba al país y él, Roberto Gómez, era profundamente nacionalista. Estaba convencido de que había que hacer lo que fuera necesario para frenar la situación de violencia e inseguridad. Y

si ellos tenían derecho a hacer lo que quisieran con la vida ajena, por qué él no podía. Por qué. No pensaba en matar a nadie pero al fin al cabo no sería la primera vez en la historia que algo así sucediese.

Fue hasta la dirección para buscar el Libro de Actas. Descubrió que a Ignacio le faltaba una amonestación más para que lo echaran otra vez de la escuela. Pero no serviría de nada porque en algún momento iba a volver. O tal vez no. No tenía una certeza clara. La única forma de saber qué era lo que pasaría era poniéndolo en práctica. Sobre todo, teniendo en cuenta que sus notas eran horribles y que él era la figura de autoridad, el maestro al que le debían el respeto. Otra vez esa estúpida sensación de poder y otra vez esa cosquilla en la boca del estómago como confirmándole que le pertenecía sólo a Roberto. Si al final el pibe no le ponía garra, si no estudiaba, lo lógico era que venga otro que sí aproveche esa oportunidad para ocupar el lugar semi vacío.

Al otro día, se encontró nuevamente en su auto preguntándose qué carajo iba a decir frente a ese salón. No podía recurrir otra vez al dictado sorpresa, ya había agotado ese recurso la clase anterior. Se acordó de que el Rafa le había dicho que seguro en los armarios habría alguna edición nueva del manual de Lengua y Literatura con los contenidos que tenía que dar, así que se preocupó en llegar temprano para hojearlo.

Esos manuales eran geniales, no había que gastar tiempo en preparar una clase al estilo facultad. Eligió lo que le pareció menos retorcido. De las oraciones bimembres y unimembres no se acordaba demasiado. Optó por el esquema básico de la comunicación, lo del emisor y el receptor era más fácil.

Los chicos llegaron del recreo y otra vez el timbre operaba ese fantástico cambio de clima. De las corridas y los gritos, pasaron a pararse bien derechos frente al profesor para desearle un buen día apagado, poco coordinado y fuera de tono. Faltaba una hora cuarenta para salir del aula.

Escribió la palabra *emisor* en tiza rodeándola con un cuadrado. Una flecha. Un redondel que encerraba al mensaje. Otra flecha y el último cuadrado que enmarcaba al receptor, finalizando el esquema de la comunicación.

Les preguntó a los chicos qué maneras teníamos de comunicar, todos contestaron pisándose unos a otros. Los calló y llamó a Ignacio al frente para que cite todas las formas que conocía y dé un ejemplo. Roberto sabía que el pibe odiaba pasar al frente, que le empezaba a temblar la voz y se quedaba súbitamente mudo. Pero era su intención, divertirse un poco con el chico.

Nacho dijo que no sabía, que no conocía ninguna. Frunció la nariz, que era lo que hacía cuando se ponía nervioso. Lo siguió pinchando, ¿cómo hablas con tu mamá? ¿Qué medio usás para hablar con tu papá? La respuesta que consiguió fue que con su papá no hablaba hacía mucho. Al nene le resbaló una lágrima por la mejilla izquierda y atinó a caminar hacia el fondo, donde estaba su banco. Era una mezcla de pánico escénico sumado a la petición de hablar sobre su papá, algo que se reservaba sólo para él. Roberto lanzó una carcajada.

“Ah, bien maricón resultaste ser”. Ignacio frenó y cerró los puños. Se acercó hasta donde estaba el maestro y le pegó una piña lo más fuerte que pudo. Después lo pateó y lo mordió. Hacía mucho que lo venía buscándolo y no aguantó más, sobre todo si hablaba de su papá, quién se creía que era. Lo odiaba porque se creía mucho con ese saco y ese maletín de mierda.

Cuando se liberó de la furia del chico, lo agarró del cuello del guardapolvo. Lo arrastró a la dirección mientras seguía burlándose de él, de lo cagón que era por largarse a llorar en frente de la clase. Le hizo firmar un acta. “Qué lástima, con esta te quedaste afuera”.

A Ignacio lo echaron otra vez y nunca volvió. Nunca pudo saber qué había sido de su vida. A Roberto lo echaron cuando una mamá lo acusó de tener un arranque de violencia con uno de sus alumnos. Después apareció una chica que lo denunció por intento de violación, una tal Ana María, que él nunca supo quién era. Ahora está en cana, hace tres meses que no vé a su mujer, que está de novia con uno de los

maestros de la Escuela n° 2, ni a ninguno de sus hijos, que no le perdonan que haya dejado que Noelia se fuera de casa.

Uno de los guardias le anuncia que tiene una visita. Al flaco que se está sentando y levanta el teléfono a través del vidrio no lo conoce. Un gesto que hace le parece familiar, frunce la nariz.

—Buen día Gómez, yo soy su abogado —ante el desconcierto de Roberto, éste se sonríe- ¿no se acuerda de mí? Yo soy Ignacio Isasmendi, fui su alumno en la Escuela n°2. Parece que tuvo un problema, Gómez. No se preocupe lo vamos a solucionar. Le cuento que este es un momento especial para mí y lo quise compartir con mi pareja.

La mujer que señaló a su derecha también le pareció conocida. Hasta que entendió todo. Era ella, era la minita que lo había denunciado. Nacho entendió que él había comprendido todo: que ahora su destino dependía enteramente de él. Una cosquilla le pinchó la boca del estómago, esa estúpida cosquilla que tienen lo que se sienten poderosos.